



LA FUGA

XVII DÍA DEL PÍNFANO | junio 2022

Se dice que la ocasión la pintan calva, personalmente no tengo nada en contra de la alopecia pero el refrán es el que es, y hay que aprovecharla cuando se presenta.

Llevaba varios días rondándome la cabeza la obsesiva idea de fugarme del colegio en cuanto reuniese el valor suficiente, no es que estuviera pasando una mala racha estudiantil y hubiera suspendido hasta el recreo, era un estudiante del montón, sino que me había hartado del internado y quería escaparme de allí para ver mundo, porque sin duda tenía que haber otros mundos en alguna parte, por supuesto más interesantes que el que me había tocado vivir, y aquellos altos muros de piedra no me dejaban verlos.

Una tarde se jugaba en el patio otro partido de fútbol de la máxima rivalidad, el enésimo del curso, los de primero contra los de segundo o quizá los del norte contra los del sur, en el que a nadie le gustaba perder; el equipo contrario dominaba claramente la situación, estaban siendo mejores y uno de sus delanteros, tan escaso de puntería como sobrado de energía, de un soberbio patadón mandó la pelota por encima del techo de uralita que protegía la leñera exterior y hacía las veces de portería, a la extensa vega vecina que cantaba Rosalía (de Castro, no la de ahora) en las Orillas del Sar.

*¡Cuán hermosa es tu vega, oh Padrón, oh Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la savia
que extraje de tu seno,
como el sediento niño el dulce jugo extrae
del pecho blanco y lleno,
de mi existencia oscura en el torrente amargo
pasaron, cual barrida por la inconstancia ciega,
una visión de armiño, una ilusión querida,
un suspiro de amor.*

Antes de que nadie dijese nada me ofrecí voluntario para ir a por ella, el soldado que vigilaba el recreo me dio permiso, abrió la puerta y salí raudo al encuentro de mi ocasión, sería ahora o nunca; agarré la pelota y la devolví de volea al campo de juego, obligándola a seguir el trayecto inverso que la había llevado hasta allí; por extraño que parezca —porque yo era de

los malos, uno de aquellos a los que siempre nos ponían de porteros por bajitos y para que no molestásemos a los jugones del balón—, la pelota ascendió libremente hacia las negras nubes cargadas de agua de lluvia como impulsada por un cohete, entonces no había misiles teledirigidos, ni drones, ni ese tipo de modernidades guerreras de hoy día, describiendo un arco perfecto hasta que en su trayectoria de bajada la perdí de vista, cuando lo normal hubiera sido que cayera sobre el tejadillo, luego rebotara de nuevo a la vega y lo volviera a intentar hasta que, rendido ante la cruda realidad, volviera abatido al patio con ella entre las manos por falta de fuerza física y de habilidad para devolverla por aire de una certera patada al terreno de juego.

En el patio, el aburrido y desprevenido soldado vigilante seguramente estaría leyendo una novela del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, ajeno por completo a mis intenciones de evasión, esperándome en vano de pie junto a la puerta, indolentemente apoyado contra la pared, hasta que yo entrase para cerrarla de nuevo y poder concentrarse de lleno en su apasionante lectura «qué pesadiños pueden ser a veces estos rapaces, mira que interrumpirme justo cuando iba a empezar el duelo al sol entre el sheriff y la banda de cuatreros».

Pero en vez de volver al patio para seguir con el partido —ya se apañarán sin mí, total no he parado ni un solo tiro a puerta, además siempre me las tiran altas para que no llegue—, atravesé corriendo y sin mirar atrás la vega en dirección contraria al colegio, al encuentro del cercano y poético río; como por allí no se podía cruzar al pueblo por bajar el caudal crecido, caminé agachado por la vera de su orilla hasta el puente de piedra que, desde tiempos de los romanos, salva el cauce del río desde la Fuente del Carmen hasta el Espolón, justo por delante de la iglesia de Santiago Apóstol dónde algunas veces había ejercido de monaguillo para ganarme una propinilla en bodas, bautizos y primeras comuniones de gente del pueblo, a petición del solícito páter del colegio ante la escasez de monaguillos de plantilla.

Una vez en el Espolón fui directo a la plaza Macías donde se encontraba la sede de la por entonces Compañía Telefónica Nacional de España, subí a la primera planta y le pedí por favor a la operadora que pusiera una conferencia a cobro revertido con mi casa; al verme allí plantado en horas de colegio y razonando que era uno de los «nenos do convento», surgió en ella una lógica sospecha que en aquel momento de tensión extrema no supe interpretar; mirándome por encima de las gafas de cerca que descansaban sobre la punta de su nariz, dejando de hacer punto mientras lo decía, la buena señora me pidió amablemente que me sentase a esperar mientras pedía la llamada solicitada, «ten un pouco de paciencia rapaciño».

Estuve sentado un buen rato —tampoco recuerdo cuánto porque no llevaba reloj, me lo quitaba para jugar de portero, ni tampoco me preocupaba saberlo, las conferencias siempre tardaban mucho— en un incómodo banco de madera, recuperando el resuello, asombrado por lo que acababa de hacer, vestido con el pantalón corto del trapillo, la camisa gris remangada y las botas manchadas de barro, probablemente sudoroso y con las mejillas coloradas por el esfuerzo y la emoción de la veloz huida campo a través.

Mi cara debió ser un poema cuando vi entrar por la puerta, hecha un basilisco, la figura imponente de una monja, con el tocado cornette que le cubría la cabeza descolocado por las prisas; no recuerdo si era sor Luisa u otra aunque por el miedo que pasé juraría que fue ella, pero se vino derechamente hacía mí y casi me meo encima del pánico que sentí, incluso puede que sin casi, ¡tierra trágame! de una galleta no me salva nadie; con un gesto rápido agradeció a la telefonista su oportuno aviso de huerfanito a la fuga, mientras con una de sus manos me agarró por la muñeca aplicando la fuerza de unas tenazas; sin soltarme un segundo ni aflojar la presión, regresamos a marchas forzadas al colegio, a ratos tirando de mí cuando inútilmente trataba de oponerme, llevándome casi a rastras, mientras me arreaba capones y pescozones en la coronilla.

Por el camino me dijo de todo y en todos los tonos, pero afortunadamente no tengo tanta memoria ni soy rencoroso y lo he olvidado; seguramente afligido por mi inapelable derrota, caminaría absorto, pensando en mis cosas y en la que me iba a caer, tanto en el colegio como en casa cuando se enterasen.

De momento, el resto de la tarde la pasé encerrado en el cuarto oscuro dónde se guardaban los aparatos de gimnasia; por las rendijas de la desvencijada puerta se colaban pequeños rayos de luz emitidos por las amarillentas bombillas del pasillo, por ellas mis compañeros se asomaban para preguntarme qué había hecho, qué había pasado, y yo les decía que me había fugado pero que el mundo entero se había puesto en mi contra. Me tuvieron allí hasta la hora de la cena y enseguida se me pasó el disgusto, ya se sabe que las penas con pan son menos y tenía hambre atrasada.

El resto del curso tuve prohibido salir a la vega para recuperar las pelotas que tiraban fuera, bien por exceso de vehemencia o por falta de tino, los magos del balón, pero bien visto no hay mal que por bien no venga porque en el fondo a nadie le apetecía ser el recogepelotas de la clase.

Tras aquella fallida experiencia no lo volví a intentar nunca más y, esperando que a la ocasión le creciera algo de pelo, terminó el curso sin mayores consecuencias aunque no me libré de seguir jugando de portero.